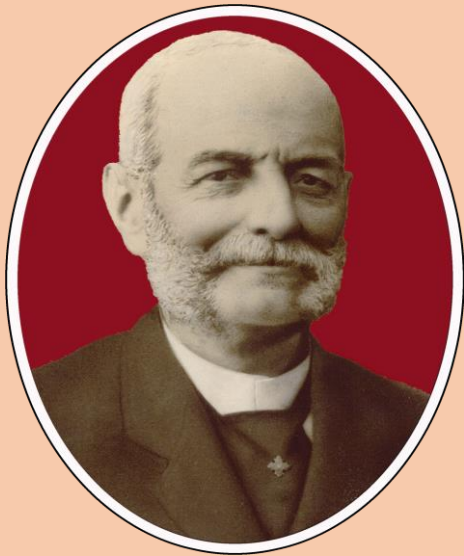


¡Pidamos! ¡Pidamos mucho!

Vivimos momentos difíciles. La aparición del COVID-19 ha trastornado nuestras vidas, *“desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades”*, en palabras del

Papa Francisco, en la meditación del pasado jueves en la Plaza de San Pedro.



Vemos impotentes como cada día aumenta el número de contagiados y fallecidos y la enfermedad se propaga por todos los países del mundo y nos preguntamos qué podemos hacer ante tanta calamidad.

Una vez más tenemos el ejemplo del Venerable Siervo de Dios Luis de Trelles. Recordemos que en el siglo XVIII el cólera morbo entró en España en 1833, azotando nuestro país en diferentes brotes en los años sucesivos. En 1885, se produjo el segundo brote, no el más mortífero, pero si

el más devastador por el miedo que generó. Ante tal aflicción, el Venerable escribía:

“A los Adoradores reiteramos el ruego de duplicar vigiliias, durante el azote del cólera, para pedir a Dios misericordia y perdón de nuestras culpas.”

(“La Lámpara del Santuario”, tomo 16 – 1885 – Pag. 235)

Y ya un año antes:

“No es de olvidar tampoco a este propósito que siempre, y mayormente en las circunstancias que atravesamos, mediante la proximidad del cólera morbo, la adoración nocturna al Santísimo Sacramento es tal vez el pararrayos y el escudo que puede defender a nuestra España de aquel terrible azote.”

(“La Lámpara del Santuario”, tomo 15 – 1884 – Pag. 264)

¡Y es hacia la Eucaristía es adonde tenemos que mirar en estos momentos de zozobra! Aunque las medidas preventivas impuestas por las autoridades sanitarias no permiten que nos desplazemos a nuestras iglesias para celebrar la Eucaristía, vigiliias de adoración o visitar a Jesús Sacramentado, vivimos en la era digital, y existen otros medios para poder hacerlo: televisión, radio, internet... y la Iglesia ha dado dispensas y facilidades a los católicos para que podamos cumplir con nuestras obligaciones desde nuestros hogares.

Don Luis de Trelles nos recuerda la capacidad mediadora de Jesús oculto en el Sagrario:

“Siempre vive para interceder por nosotros”, dice San Pablo.

En efecto, Jesús en la Sagrada Eucaristía ora, y nos habríamos de asombrar si el ojo humano viese y el oído escuchase aquella sublime y omnipotente plegaria desde el Sagrario al trono de Dios. ¡Qué mérito no tendrá!

¡Si pudiésemos conocer cuánto templa la divina ira esta mediación, desfalleceríamos de amor y de remordimiento recordando lo poco que estimamos a este intercesor incomparable!

(Lámpara del Santuario. Tomo 2, 1871, Pág. 41)

Por eso, desde nuestras casas, debemos dirigir nuestro espíritu al Sagrario, porque Él sigue allí, cumpliendo con su promesa: *“Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt, 28,20). En muchos medios de comunicación y redes sociales, se transmite la exposición del Santísimo Sacramento todos los días; aprovechemos para adorarle, para desde la distancia presentarle nuestras peticiones, exponerle nuestros temores, descargar en su misericordioso Corazón las tribulaciones del nuestro. Trelles, que dedicaba largas horas a la oración ante el Sagrario, nos anima a ello:

“¿No oís la voz que sale del Sagrario: “Venid a mí todos los que estáis agobiados de dolor y de tribulación y Yo os reconfortaré”?

Dulce voz que llega al fondo del alma y que nunca deja de escucharse en momento oportuno por el hombre de fe que viene abrumado al pie del altar.”

(Lámpara del Santuario. Tomo 1, 1870, Pág. 364)

“¿No hallas cerca del altar una fuerza nueva que mana de allí y no te parece sentir la acción de una mano amiga que enjuga tus lágrimas y un bálsamo que te conforta en tu acerba pena?”

(Lámpara del Santuario. Tomo 1, 1870, Pág. 404)

Podemos también seguir la Santa Misa, que se transmite todos los días por medios de comunicación. Don Luis de Trelles nos recuerda la importancia de la celebración eucarística:

“No, la Misa no es una simple representación, o un mero símbolo, o una fría memoria del sacrificio de Jesús muerto en el monte del dolor, sino verdadero sacrificio representativo y conmemorativo de aquel, o sea aquel mismo sacrificio renovado incruentamente en el altar.”

(Lámpara del Santuario. Tomo 2, 1871, Pág. 367-368)

150 años después, el 10 de febrero de 2014 en la homilía de la Santa Misa celebrada en la Capilla de la Domus Sanctae Marthae, el Papa Francisco se expresaba casi en los mismos términos:

“Cuando celebramos la misa, no hacemos una representación de la Última Cena. La misa no es una representación; es otra cosa. Es propiamente la Última Cena; es precisamente vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Es una teofanía: el Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre para la salvación del mundo”

Por desgracia, no podemos recibir la sagrada comunión sacramentalmente, pero la Iglesia, para estos casos, nos recomienda la comunión espiritual, una sencilla fórmula de devoción eucarística que tenemos casi olvidada, y de la que Santa Teresa decía a sus monjas:

“Los días en que oís misa sin recibir la comunión, haced la espiritualmente, nada os lo estorba y sacaréis de ello el mayor fruto. Luego después, recogeos dentro de vosotras mismas con el Divino Maestro, de la misma manera que si realmente le hubierais recibido. Su amor se imprime así maravillosamente en nuestras almas.”

Son momentos duros, en los que tenemos que mantener firme nuestra fe. Recordemos las palabras de Jesús en el Evangelio de San Marcos que el pasado jueves se leyó en la Plaza de San Pedro: *“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe? (Marcos, 4, 40)”*

¡Tenemos los medios! Sigamos el ejemplo del Venerable Luis de Trelles y depositemos nuestra confianza en el Jesús, oculto en la Eucaristía, y en María, su Madre Santísima, nuestra mejor mediadora, y pidamos por el fin de esta pandemia, la salud de los enfermos y el eterno descanso de los fallecidos.

¡Pidamos! ¡Pidamos! ¡Pidamos mucho! Cosas grandes, cosas magníficas, muchas cosas. Pues por difíciles, y magníficas, y grandes que ellas sean, no apurarán el manantial inagotable de la bondad y la omnipotencia infinita de Dios, ni el mérito también infinito de la sangre preciosísima de Jesús, ni su deseo de acceder a las preces fundadas en el valor de esa sangre, y en su palabra divina que nos manda pedir, y nos promete otorgar lo que se pida en su nombre, mayormente cuanto sea para acrecentar la gloria de Dios y nuestra salud espiritual.

(Lámpara del Santuario. Tomo 8, 1877, Pág. 463)